



VIENTO DE NAVIDAD EN RABINDRANATH TAGORE

Una palabra todavía ante la puerta de este centenario que se va. Y ninguna palabra mejor que la del mismo Tagore, un hombre que no se acaba, que no se nos va.

A la hora de seleccionar unos textos para estas páginas, se nos ha impuesto de manera insensible, pero incitante, un extraño criterio de selección: La Navidad. Puede parecer abusivo, y sin duda lo es.

La hora navideña en que se lanza el nuevo número de "Proyección" fuerza quizás, en el fondo, nuestro punto de vista. Por lo pronto comencemos por limitarnos. No intentamos hacer teología. Debéramos decir que ni siquiera se trata de religión.

Sin embargo, se nos impone un hecho sobradamente reconocido. Se ha hablado con alguna frecuencia de la "conciencia cristiana" de Rabindranath Tagore. Se ha hablado de ella como se pudo hablar —sin duda con menos razón— de la conciencia cristiana de Virgilio. Uno se encoge de hombros, pero no se atreve a negar.

NUEVO Y VIEJO

Sobre estas sensibles antenas ha cruzado, de alguna manera, el viento del mensaje. ¿No habitamos la atmósfera de Dios?. Consciente o inconscientemente el temblor de su cercanía sacude toda noble aguja disparada al encuentro de la verdad. Hay tiempos en que el aire profético se desencadena y el hombre grita, escribe, canta más allá de lo que se le ha dado a entender.

A Rabindranath Tagore se le han buscado puntos de contacto con San Juan de la Cruz. He aquí un tema de discusión arriesgado pero sabroso.

Nosotros nos quedamos más atrás. No afirmamos nada, ni siquiera decimos nada. Mostramos sencillamente algo curioso y conmovedor. Unos cuantos textos escritos al pie de una pagoda y que nosotros hurtamos para recitarlos ante el establo de Jesús.

“Rey mío, ¡cómo te escondes de tu propia gloria!... El granito de arena, la gota de rocío son más orgullosos en su aparentar que tú. Desvergonzadamente el mundo llama tuyas todas las cosas que son tuyas; y, sin embargo, nunca le decimos nada.

Tú, apartándote en silencio, nos haces sitio; y por eso el amor enciende su propia lámpara para buscarte y viene a adorarte sin ser requerido” (1).

Tensión de la razón y del misterio. El pensamiento desbordado por el incomprensible acontecer de Dios. Sin duda Tagore no piensa en Belén. De acuerdo. Pero más allá de su dimensión concreta, este poema incita, más que ningún otro, a una sincera proyección cristiana:

—“¿A qué estos preparativos sin fin?” —le dije al Pensamiento.
—¿Va a venir alguien?

El Pensamiento contestó:—“Estoy ahora ocupadísimo acarreado cosas y levantando torres. No tengo tiempo de contestar a semejante pregunta”.

Volví a lo mío humildemente.

... ..

Pasaron los días. El palacio tuvo más naves, más tierras su dominio. Las lluvias terminaron; las nubes negras se pusieron blancas y delgadas, y, en el cielo limpiado por las aguas, las horas soleadas aletearon como mariposas sobre una flor invisible. Yo estaba dudoso y pregunté a cuantos veía: —“¿Qué música es esa que viene en el aire?”.

Por el camino andaba un vagabundo con un traje tan disparatado como su porte. Dijo: —“¡Escuchad la música del Advenimiento!”.

No sé por qué, me convenció; y brotaron de mis labios estas palabras: —“¡Ya tenemos poco que esperar!”.

—“Está tocándose”, dijo el loco.

Fuí al taller y le dije osadamente al Pensamiento:

—“No trabajes más”.

Preguntó el pensamiento: —“¿Sabes algo?”.

—“Sí, —contesté—. Tengo nuevas del Advenimiento”. Pero no pude explicarme.

El Pensamiento sacudió la cabeza y dijo: —“No veo banderas ni cortejos”.

(1) N. 56 de «Tránsito». (Textos tomados de la edición «Premios Nóbel» de la Editorial Aguilar).

Moría la noche; palidecían las estrellas. De repente, la piedra filosofal de la luz matutina lo tiñó todo de oro. Un clamoreo corrió de boca en boca: —“¡El heraldo, el heraldo!”.

Bajé la cabeza y pregunté: —“¿Viene ya?”.

De todas partes parecía que estallaba el “¡Sí!” de la respuesta.

El Pensamiento atormentado decía: —“¡No está todavía la cúpula de mi palacio! ¡Nada está en regla!”.

Vino una voz del cielo: —“¡Derriba tu palacio!”

—“¿Por qué?”, preguntó el Pensamiento.

—“Porque hoy es el día del Advenimiento y tu palacio estorba el paso”.

El alto palacio yace en tierra. Todo está derramado y roto.

El Pensamiento miró a su alrededor. Pero ¿qué es lo que había que ver? Sólo la estrella de la mañana y el lirio fresco de rocío. ¿Y qué más? Un niño que corre, riendo, de los brazos de su madre a la luz abierta.

—“¿Y para esto fue para lo que dijeron que era el día del Advenimiento?”.

Sí, por esto dijeron que había música en el aire y luz en el cielo.

—“¿Y pedían toda la tierra sólo para eso?”.

—“Sí —respondió alguien—. Pensamiento, tú levantas muros para encerrarte; tus siervos trabajan para esclavizarse; pero toda la tierra y el espacio infinito son para el niño, para la Vida Nueva”.

—“Y ese niño ¿qué te trae?”.

—“Esperanza para todo el mundo y alegría”.

El Pensamiento me preguntó: —“Poeta, ¿tú lo comprendes?”.

—“Abandona mi trabajo —le respondí— porque necesito tiempo para comprender” (2).

Y finalmente, en el mejor estilo de una meditación navideña:

“Si el niño quisiera, podría volar ahora mismito al cielo. Pero por algo no se va. ¡Le gusta tanto echar la cabeza en el pecho de su madre y mirarla y mirarla sin descanso!

El niño sabe una infinidad de palabras maravillosas, aunque son tan pocos los que en este mundo entienden lo que él dice. Pero por algo no quiere hablar. Lo único que quiere es aprender las palabras de su madre. ¡Así pone ese aire tan inocente!

El niño tenía un montón de oro y perlas y se vino a esta vida como un pobrecito. Pero por algo vino así. ¡Pordioserillo desnudo, que se hace el desvalido para poder pedirle a su madre el tesoro de su afán!

El niño era bien libre (...)pero por algo regaló su libertad.

¡El sabe la alegría inmensa que cabe en el rinconcito del corazón de su madre y cuánto más dulce que la libertad es ser cogido y apretado entre sus brazos queridos!

El niño vivía en el mundo de la dicha perfecta y no sabía llorar. Pero por algo eligió las lágrimas. Porque si con su sonrisa se ganaba el corazón ansioso de su madre, sus llantitos por cualquier penita le atan un doble lazo de lástima y de amor” (3).

(2) N. 21 de «La Fugitiva».

(3) N. 4 de «Luna Nueva».